Cómo era la vida de los palestinos antes del 7 de octubre

BASHIR ABU-MANNEH :: 17/10/2024

Israel está convirtiendo rápidamente Gaza en un páramo, resultado de décadas de apartheid. En entrevista, la periodista israelí Amira Hass explica cómo era la vida antes del actual genocidio

La vida cotidiana de los palestinos lleva mucho tiempo atormentada por la ocupación, el apartheid y la violencia sistémica, que culminan en la devastación que se está produciendo actualmente en Gaza. Incluso antes de la escalada de acontecimientos del 7 de octubre del año pasado, la realidad de vivir bajo la opresión israelí era un testimonio punzante de la inhumanidad del colonialismo. En la siguiente entrevista, realizada poco antes de que comenzara el genocidio de Gaza, la periodista israelí Amira Hass ofrece un minucioso relato de las estructuras opresivas y las brutales condiciones que los palestinos han soportado durante décadas.

Desde las incursiones militares y la destrucción de infraestructuras vitales hasta el laberíntico y corrupto sistema de permisos de trabajo, cierres y puestos de control, Hass describe el aplastante peso del control israelí incluso sobre los aspectos más cotidianos de la vida, obligando a los palestinos a navegar por un sistema diseñado para deshumanizar y desposeer.

¿Podría describir un día normal para los palestinos en la Cisjordania ocupada? ¿Cómo sería?

¿Cómo describir un día normal bajo el colonialismo de los asentamientos a cámara lenta, que, de hecho, se acelera día a día? Seguimos hablando de ocupación militar -una cosa no excluye la otra-, solo que las órdenes militares y la presencia violenta de los militares están al servicio del acaparamiento perpetuo de tierras y la desposesión.

La experiencia personal puede variar de un lugar a otro, desde un pueblo y una comunidad de pastores de la zona C a un pueblo de la zona B, pasando por una ciudad o un pueblo. Tomemos como ejemplo Masafer Yatta, una zona que fue declarada «zona de entrenamiento militar» en la década de 1980, y desde finales de la década de 1990 -¡sí, durante las negociaciones de los [Acuerdos] de Oslo! - las autoridades se han dedicado a expulsar activa, directa o indirectamente -en masa o a cuentagotas- a los habitantes autóctonos.

Allí la exposición al monstruo se produce a cada momento, y también la resistencia al mismo: a saber, la insistencia de la gente en permanecer donde nacieron ellos y sus abuelas. Te despiertas y te vas a dormir con el peligro de ser atacado por asentamientos o de que el ejército destruya tu tienda o tu choza o tu sistema de agua elemental, que -en un ejemplo típico de resistencia popular desarmada- han instalado los ayuntamientos, desafiando la prohibición israelí de que los palestinos se conecten a la red. Todo el tiempo vives con miedo y con la certeza de que ese día puede ocurrir algo que vuelva a destrozar tu vida. Entonces te levantas y empiezas de nuevo. Es cada momento. No hay descanso.

En la mayoría de los pueblos, tres prácticas israelíes ocupan el espacio físico y mental: Una, la violencia de los asentamientos contra los aldeanos (y pastores), que no ha dejado de aumentar desde mediados de los 90 y que hoy en día se lleva a cabo con el respaldo oficial abierto -no solo tácito e indirecto-; dos, las redadas militares en las casas (muy a menudo para detener e intimidar a la gente que se atreve a resistirse a los colonos invasores); y tres, las medidas burocráticas adoptadas para obstaculizar el cultivo o la recuperación de sus tierras, y para expropiarlas oficialmente. Se necesita un permiso israelí para acceder a la tierra más allá de la barrera de separación o en las proximidades de los asentamientos; se necesita un permiso para colocar un depósito de agua, para construir una choza, para retirar rocas. Los permisos se deniegan mucho más a menudo de lo que se conceden.

> Hay interferencias desde la hora de acostarse hasta la de levantarse e ir al trabajo o a la escuela. Esas instituciones poderosas y hostiles están siempre presentes.

Veamos la segunda. Las redadas -con toda la alharaca de jeeps rugientes y disparos al aire y granadas aturdidoras que despiertan a todo el vecindario- pueden producirse cada noche, una docena o dos o más, sobre todo en aldeas y campos de refugiados (donde residen personas cuyas tierras fueron robadas hace mucho tiempo), pero también en barrios urbanos.

No todas acaban en allanamientos y detenciones, pero muchas sí. Un exsoldado que se unió a la organización Rompiendo el Silencio me dijo una vez que a los soldados les gustan esos asaltos domiciliarios: Adrenalina, acción, suspenso. La redada -generalmente con perros adiestrados y docenas de soldados enmascarados- puede terminar en una detención, o [su propósito puede ser solo] entrenar a los soldados o intimidar y castigar a la gente.

En el caso de una detención -digamos de un niño sospechoso de haber tirado piedras o de un joven que garabateó algunas declaraciones «incendiarias» en Facebook o TikTok-, afecta a la familia durante los próximos días, semanas y meses. Al principio no sabes dónde está tu hijo; luego vas al tribunal militar donde comparece primero ante un juez militar, luego para una prisión preventiva, luego otra, luego otra, y finalmente para la lectura del pliego de cargos. Mientras tanto, la Autoridad Palestina [AP] o una organización de derechos humanos designa a un abogado, o tú mismo te pones en contacto con uno, y es probable que cada uno se conforme con un acuerdo, porque un juicio «real» (como el que se ve en una serie de televisión estadounidense) con pruebas y citación de testigos dejará a tu hijo en la cárcel durante mucho más tiempo del que duraría la condena real.

Cuando se trata de sospechas «más graves», significará un año de ausencia de la sociedad, preocupación y añoranza, encuentros con abogados, visitas mensuales a la cárcel que son odiseas en sí mismas, padres que fallecen mientras está encarcelado. La vida transcurre en todo momento a través de las instituciones de poder israelíes y está entrelazada con ellas. Llegas a conocer a sus representantes de una manera muy íntima. No es algo teórico; estás lo bastante cerca como para ver los granos de los soldados y las canas del interrogador del Shabak [Agencia de Seguridad de Israel] (cuyos vecinos israelíes no saben que lo es). Estas redadas tienen un impacto similar a una ola que afecta a la gente más allá de la familia

afectada individualmente.

> Es una interferencia desde la hora de dormir hasta cuando te levantas y vas al trabajo o a la escuela. Esas instituciones poderosas y hostiles están siempre presentes.

Las ciudades te proporcionan lo que yo llamo «vacaciones restringidas» de la ocupación, restringidas en el espacio y en el tiempo. A una distancia de dos kilómetros de un asentamiento y tres de otro, a cuatro kilómetros del muro y a 1.200 metros de un campamento militar o un puesto de control, puedes realizar tus tareas cotidianas y engañarte a ti mismo durante unas horas pensando que eres libre: trabajar en tu elegante despacho de abogados en un edificio reluciente, sentarte en un café, charlar y bromear, preparar una boda, pasear tranquilamente de vuelta a casa desde la escuela o al volver del mercado. Esto es cierto no solo en Ramala, sino en todas las ciudades y pueblos, incluso en Hebrón, la parte que está más allá de la cadena de puestos de control y calles selladas que la separan de la antigua ciudad histórica. Aquí hay formas de mantener los pensamientos alejados de esta invasiva dominación extranjera durante unas horas.

Luego sales del enclave, pasas por un puesto de control, te cruzas con soldados, atraviesas cámaras de vigilancia; a veces tienes que dar un rodeo porque la carretera directa a tu pueblo natal está bloqueada por una valla militar. Luego están las redadas nocturnas y las detenciones, y las noticias -todo el mundo escucha las noticias: sabes lo que está pasando en Yenín y Masafer Yatta, cuántos olivos se han quemado y cuántas órdenes de demolición se han dictado-.

> Te despiertas con esta injusticia, y nunca es normal; nunca te acostumbras a ella. La rabia hierve en ti sin salida.

Nadie puede desconectarse de la realidad. Hay una incertidumbre permanente. Hay una rabia permanente que no tiene salida. O, si tiene salida, no mejora nada. Todo el tiempo se vive con esta percepción de tremenda injusticia.

El asentamiento de Psagot está solo a la vuelta de la esquina de varios barrios de Al-Bireh. En algunos lugares, solo los separa una estrecha calle. El asentamiento de Beit El está enfrente del campo de refugiados de Jalazoon, solo al otro lado de la calle y sobre un valle. Ambos asentamientos se hunden en su frondosa y espesa vegetación occidental, mientras que el agua potable llega a las ciudades, pueblos y campos de refugiados palestinos de los alrededores por turnos, solo una vez durante unos días o semanas. Lo mismo ocurre en todas partes: Israel controla los recursos hídricos. Los asentamientos y los puestos avanzados se abastecen de agua en abundancia, mientras que a los palestinos se les impone regularmente una cuota.

Te despiertas ante esta injusticia, y nunca es normal; nunca te acostumbras. La rabia hierve en ti sin salida. Los pocos que la expresan matando o intentando matar a un israelí, o

soñando con operaciones armadas a mayor escala (ya sea contra soldados o civiles) expresan la rabia general, pero no detienen la expansión colonial de los asentamientos.

Esencialmente, no hay ningún lugar donde esconderse de la ocupación.

¡Efectivamente! Te golpea en cada detalle. Un amigo mío es guía turístico, sobre todo para extranjeros. Siempre hay complicaciones y retrasos al transferir comisiones a través de bancos estadounidenses a su cuenta en un banco palestino, porque todos los bancos están aterrorizados por la sospecha de «financiación del terrorismo» que se genera automáticamente. En su lugar, utiliza mi cuenta en un banco israelí. Cuando necesita recibir algo por correo del extranjero, da la dirección de mi buzón postal en Jerusalén, porque el correo ordinario a las zonas de la AP [Autoridad Palestina] debe ir bajo la supervisión de funcionarios israelíes: ellos lo descuidan, y sus homólogos de la AP también, por lo que puedes esperar un año para recibir tu paquete o sobre. Y no todo el mundo puede permitirse empresas privadas de reparto.

Otro ejemplo: cuando la AP congeló la coordinación civil y de seguridad con Israel (como advertencia contra el plan de anexión en 2020), los permisos de conducir que caducaban durante esos meses eran renovados por la AP. Pero cualquier cambio de este tipo debe registrarse en el « sistema informático» y la base de datos israelíes para que sea válido fuera de los enclaves A y B. Si un policía israelí comprobara tu carné en una de las principales carreteras de Cisjordania (en la zona C, bajo plena autoridad militar y civil israelí), te impondría una multa y te prohibiría seguir conduciendo el coche. No sé con qué frecuencia ocurría, pero un alto funcionario de la AP compartió conmigo este detalle y se mostró muy molesto por ello.

Siempre me asustan los detalles excesivos que cansan a mis interlocutores, pero no conozco una forma mejor de describir la anormalidad de la realidad de la gente. Por ejemplo, la electricidad en la Franja de Gaza, que se suministra por turnos, a todas las regiones, solo durante una parte del día. Aquí la razón no es solo la ocupación y sus restricciones, sino también las desagradables peleas por el dinero, las cuentas y los pagos entre los dos «gobiernos»: el de Hamás y el de la AP. En Gaza hay muchos edificios de apartamentos de gran altura; la gente calcula su vuelta a casa, o su visita a la familia en dichos edificios, entre otras cosas, en función de las horas de funcionamiento del ascensor. Una joven amiga, superviviente de cáncer (y de guerras israelíes) con talento de cómica, me dijo una vez que el piso de un apartamento se ha convertido en una de las consideraciones para decidir si pedir matrimonio a alguien o aceptar una propuesta de matrimonio. Supongo que exageraba, pero no lo hacía cuando me contó cómo se queda encerrada durante largas horas cuando el ascensor no funciona: sus rodillas no le permiten subir las escaleras, y en caso de bombardeo israelí nunca sabe qué elegir: la agonía de bajar corriendo las escaleras o el miedo dentro del tembloroso apartamento.

Una vieja amiga me dijo hace tiempo: «Antes hablábamos de la lucha por la libertad y de acabar con la ocupación; ahora nos preocupan el ascensor y los cambios en el suministro eléctrico». Yo añadiría: también la espera demasiado larga de un permiso de salida israelí para un tratamiento médico en Ammán o Ramala, o el permiso para traer piezas de repuesto para una planta de tratamiento de aguas residuales anticuada, etc.

> Antes hablábamos de la lucha por la libertad y el fin de la ocupación; ahora nos preocupan el ascensor y los cambios en el suministro eléctrico.

Siempre existe el temor -basado en la experiencia y en sólidos análisis- de que las cosas se deterioren. Hay rebeldía todo el tiempo, porque la gente insiste en seguir adelante con sus vidas, porque no son solo meros productos de la opresión. Durante el cierre extremo de ciudades y pueblos a principios de la década de 2000, los profesores recorrían largas distancias -subiendo y bajando colinas y montañas- para llegar a las escuelas. Mi amiga de Nablús estaba embarazada y lo hizo. Veo a los niños caminar a la escuela, solos o en grupos, pero no acompañados por sus padres. En cualquier momento pueden pasar uno o dos arrogantes jeeps militares, o en algunas zonas puede irrumpir un grupo de colonos como provocación. En aras de la cordura y la normalidad, los padres deben vencer el miedo y dejar que los niños caminen solos.

Y luego está la ira. A veces no sé dónde aplicar mi ira -los artículos no bastan-, así que imagínense a los palestinos de a pie, bombardeados con mensajes de este régimen que les dice que no solo son inferiores, sino desechables.

En ciudades y pueblos como el sur de las colinas de Hebrón, ¿qué les ocurre a los trabajadores palestinos que viajan a Israel, se paran en los puestos de control y esperan? ¿Cómo describiría esa vida?

Trabajar en Israel es el deseo de muchos -demasiados- porque el salario mínimo obligatorio en Israel es casi tres veces superior al salario mínimo palestino (que, en cualquier caso, muchos empleadores no respetan). El salario de un obrero de la construcción es superior al salario mínimo israelí. El riesgo de accidentes laborales y de muerte entre los trabajadores de la construcción es muy alto, más del doble de la tasa de mortalidad de los países de la OCDE [Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico] (once muertes por cada 100.000 empleados frente a cinco en los países de la OCDE).

No debería sorprendernos: más de la mitad de los trabajadores de la construcción son palestinos (ya sean ciudadanos de Israel o del Territorio Ocupado del 67: estos últimos constituyen alrededor de dos tercios del total de trabajadores de Cisjordania y la Franja de Gaza en Israel). Es una de las principales razones por las que las empresas y los contratistas no sienten la presión de maximizar las medidas de seguridad. Nunca olvidaré al hombre de Rafah (Franja de Gaza) que, durante una de las invasiones israelíes a la ciudad y al campo de refugiados en 2004, me dijo, en perfecto hebreo: «Los palestinos construimos sus casas en Israel, ahora Israel viene y destruye las nuestras». Había sido subcontratista en Israel durante muchos años, y una unidad militar ocupó su casa durante aquella invasión, dañándola hasta dejarla irreconocible.

Jóvenes policías palestinos están dejando la policía para trabajar en Israel, o trabajan allí en sus días libres, ya que hacen turnos largos. Me lo contó, por cierto, un activista de izquierdas que estuvo encarcelado unos días por la AP y se hizo amigo de su joven carcelero. No se trata solo del salario: las oportunidades de trabajo para los miles de licenciados universitarios son escasas. El FMI [Fondo Monetario Internacional] y el Banco Mundial presionan a la AP para que reduzca el número de empleados públicos, que desde

noviembre de 2021 solo reciben entre el 80 y el 85 por ciento de sus ya bajos salarios porque Israel roba regularmente de los ingresos palestinos, que controla. En el 62 por ciento de Cisjordania no puede haber ninguna inversión palestina real: está controlada por Israel e Israel no permite ningún desarrollo palestino. No en el sentido neoliberal de la palabra, sino en el humano: construir una escuela regional, por ejemplo, planificar y diseñar, asignar terrenos para paneles de energía solar, poner distancia entre las zonas industriales y los barrios residenciales, recuperar terrenos rocosos para la agricultura o para un nuevo barrio o una granja... todo está prohibido, y esto contribuye a la escasez de puestos de trabajo. Y ni siquiera he empezado a hablar del bloqueo de Gaza, que casi ha destruido su participación en la economía palestina.

Los gazatíes tienen fama de ser muy creativos, y Gaza ha producido muchos expertos informáticos. En teoría, podrían trabajar para empresas internacionales y desarrollar la economía digital. Pero Israel restringe la importación de tecnologías de la información y la comunicación, limitando la asignación de espectro (2G en Gaza y 3G en Cisjordania). La lentitud de la conectividad juega en su contra, a pesar de sus talentos y aptitudes demostrados.

Hubo dos o tres años dorados, en los que el ejército hizo la vista gorda y miles de trabajadores pasaron por «agujeros» en el muro de separación de Cisjordania. Oí a empresarios palestinos de Cisjordania quejarse de que no podían competir y no encontraban trabajadores, porque exigían un salario más alto.

Los «agujeros» del muro sirven no solo a quienes carecen de permiso de entrada, sino también a quienes lo tienen en regla y simplemente quieren ahorrarse el calvario del puesto de control y el tiempo de espera. Mientras los pueblos, ciudades y aldeas palestinos siguen durmiendo, los puestos de control hacia Israel rebosan de gente que cruza hacia el oeste para ir a las obras o a las fábricas o a los campos e invernaderos o en busca de trabajo. La gente puede salir de casa a las tres o las cuatro de la madrugada, llegar al puesto de control una hora antes de que abra y hacer una cola que se alarga rápidamente: hay miles de personas en cada puesto de control. Personas de veinticuatro a setenta años, y quizá mayores, que regresan a casa a las seis de la tarde o más tarde, día tras día. Y cada día cruzan de las condiciones del Tercer Mundo al Primer Mundo, y viceversa. Miles, sobre todo los que no tienen permiso, se quedan en las ciudades israelíes, a veces incluso en las obras, solo para volver a casa una vez cada varios meses.

Existe un mercado negro de permisos de trabajo, del que se benefician los empleadores israelíes y los intermediarios tanto israelíes como palestinos. Cuesta a un trabajador entre 2 000 y 2 500 shekels al mes, trabaje o no. Alrededor de un tercio de los trabajadores palestinos pagan este «impuesto», enriqueciendo a un ejército de especuladores anónimos. A pesar de las promesas israelíes de cerrar las lagunas del sistema que permiten y fomentan este mercado negro, persiste y ha llegado incluso a Gaza, donde unas 18 000 personas han sido autorizadas oficialmente a trabajar en Israel por primera vez desde 2005.

> Los permisos de trabajo del pueblo o de sus familiares pueden ser revocados y la salida de Gaza denegada. Se trata de una práctica de chantaje oficial que dura décadas.

Y aun así, los que trabajan en Israel se consideran afortunados. Con sus sueldos y ahorros, no solo pueden pagar la comida y las facturas, sino también enviar a sus hijos a la universidad. Pueden construir otro piso encima de la vieja casa familiar, quizá abrir un negocio o cuidar mejor a un familiar enfermo. Pero el precio es alto, en todos los sentidos.

El trabajo es una forma de toma de rehenes, a ojos israelíes. Ya se trate de un pueblo que protesta colectivamente contra un asentamiento, o de gazatíes que se manifiestan a lo largo de la línea fronteriza, o de un miembro de una familia extensa que se dice que está implicado en un ataque armado contra israelíes, los permisos de trabajo del pueblo o de los miembros de la familia pueden ser revocados y la salida de Gaza denegada. Se trata de una práctica de chantaje oficial que dura décadas.

Pero también veo la confianza en uno mismo que da el trabajo -la autoestima- y la ampliación de la capacidad de elegir nuevos rumbos para sí mismos o para sus hijos. Otro efecto secundario es que esos trabajadores llegan a conocer una sociedad israelí más variada que la representada en Cisjordania por colonos y soldados, y en Gaza por pilotos bombarderos invisibles y soldados que disparan desde torres de vigilancia.

Como trabajadores, llegan a conocer a israelíes laicos y ortodoxos, pobres y ricos. Llegan a conocerlos como empleadores mezquinos y tramposos, así como amables y justos, indiferentes, desconfiados y amistosos. Creo que esto hace que los trabajadores estén mejor informados que muchos académicos que se basan principalmente en libros, periódicos y teorías.

Hay muchas palabras diferentes que se utilizan para describir la ocupación israelí: colonialismo de asentamientos, apartheid, lenta expansión y, más recientemente, supremacía judía. ¿Cuál cree que describe mejor la situación?

¿Por qué no todo junto, por qué no un híbrido? Incluida la oximorónica «democracia para judíos», que -como predijimos hace décadas- no puede durar eternamente mientras continúe la opresión de los palestinos. La dinámica principal, sin embargo, es y ha sido siempre la del colonialismo de los asentamientos, cuya escalada de violencia está bien organizada y planificada.

A principios de los años 90 -después de la primera Intifada- existía la esperanza generalizada de que Israel podría desprenderse -y lo haría- de su naturaleza colonial de asentamiento en el territorio palestino ocupado de 1967 e iniciaría un proceso de democratización interna, que incluiría a sus ciudadanos palestinos. Esta esperanza -aunque formulada de forma diferente- era compartida por los rebeldes y líderes de la primera intifada, los ciudadanos palestinos de Israel y un importante grupo de defensores de la paz que estaba activo en aquel momento. Se suponía que la comunidad internacional respaldaría el proceso y garantizaría que Israel respetara los términos de un acuerdo de paz. En lugar de ello, con mala fe, Israel afianzó sus prácticas coloniales de asentamiento bajo la apariencia de un proceso de paz.

Siempre ha tenido una cara «no oficial»: iniciativas del movimiento de colonos que eludían la vía burocrática habitual pero que al final se «blanqueaban» y se hacían «kosher», como decimos en hebreo. Las apropiaciones oficiales de tierras, a través de decretos militares,

siempre han robado áreas mayores que estas iniciativas cuasi privadas. Pero en los últimos diez años nos hemos enfrentado a un salto cualitativo: movimientos de colonos bien organizados y fuertemente financiados se apoderan ahora de cientos de miles de dunams [unidad de superficie equivalente a unos 900 metros cuadrados] mediante el establecimiento de granjas de pastoreo, ayudados por milicias privadas violentas, abiertamente racistas y mesiánicas. Siempre ha habido una tolerancia oficial de esta violencia creciente, y no es un accidente ni un signo de debilidad: es una señal para continuar.

Esta violencia desenfrenada y privatizada consigue lo que la violencia oficial ha fracasado: expulsar a las comunidades de grandes zonas. En menos de tres años, unas dos docenas han sido expulsadas. Existe un grupo de WhatsApp que comparte informes en tiempo real sobre la agresión de los colonos. Leerlo es una agonía: cada hora o dos hay informes de acoso: colonos que echan a los pastores palestinos de las colinas, disparan al aire para asustar a los agricultores o se bañan en las fuentes de los pueblos mientras los soldados los protegen lanzando gases lacrimógenos y granadas de aturdimiento, dañando los campos. Porque no causan víctimas ni daños materiales importantes, no salen en las noticias. Aunque así fuera, ¿cambiaría algo?

> Estos enclaves son el compromiso interno de Israel entre el deseo de ver desaparecer a los palestinos y la comprensión de que no es posible expulsarlos como se hizo en 1948.

Volviendo a su pregunta sobre las definiciones, el apartheid es una fase más «madura» del colonialismo de asentamiento, en la que la población autóctona ya desempeña algún papel, aunque sea inferior, en el sistema general. Se les cuenta en las estadísticas y son necesarios para la economía. Aquí, todavía estamos en una etapa en la que la población autóctona se considera totalmente superflua, redundante y desechable. La Oficina Central de Estadística de Israel no los incluye en sus informes, aunque sí incluye a los colonos, que viven a 100 metros de distancia. Pero los beneficios e ingresos generados en las zonas industriales de los colonos, el turismo israelí, las carreteras de Cisjordania y la red eléctrica actualizada se incluyen en los cálculos económicos de Israel.

Las industrias de vigilancia y armamento son aún más complicadas. Estas industrias no serían tan rentables como mercancías de exportación sin el campo de pruebas ya preparado que tienen en la población palestina. Los ingresos que generan estas industrias se calculan y se incluyen en los informes. Los palestinos utilizados como conejillos de indias no.

Durante los últimos treinta años se ha moldeado meticulosamente una realidad de enclaves palestinos: mini Franjas de Gaza replicadas a lo largo de los 5.800 kilómetros cuadrados de Cisjordania. Estos enclaves condensan a la población palestina, la privan de naturaleza, tierra, manantiales y espacio. Mi conclusión es que estos enclaves son el compromiso interno de Israel entre el deseo de ver desaparecer a los palestinos y la comprensión de que no se los puede expulsar como se hizo en 1948. Es muy parecido a cómo se expropiaron las tierras de las aldeas y pueblos palestinos de Israel (los que no fueron despoblados y destruidos en 1948-50) para construir nuevas ciudades y suburbios judíos.

La aterrorización de granjeros y aldeas y el pastoreo de comunidades para desterrarlas de Cisjordania se ha llevado a cabo sistemáticamente desde finales de los años noventa. Los dirigentes de los asentamientos se dieron cuenta hace años de que las colonias suburbanas no devorarían suficiente tierra palestina. La agricultura, combinada con las órdenes militares y la violencia, requería menos gente y, por tanto, era una herramienta mejor para acaparar tierras y agua. Pero la agricultura requiere algunas personas y es demasiado fija para la lujuria insatisfecha por el suelo palestino. En los últimos diez o quince años, hemos visto la perfección de otra herramienta: Los pastores hebreos.

Existe un patrón claro, que sugiere que hay una red, fuentes financieras, organizadores y, lo que es más importante: una planificación a largo plazo entre bastidores. Parejas jóvenes u hombres solos, a menudo colonos de segunda generación, empiezan con un modesto rebaño, instalando tiendas y corrales a pocos kilómetros de una comunidad palestina ya existente sin ninguna autorización oficial aparente. Voluntarios o milicianos de derechas pastorean las ovejas o las vacas y perpetúan la violencia que he descrito antes.

Quiero retrotraerla a algo que dijo en 1991. Empezó a escribir sobre esta palabra «cierre» en referencia al fin de la libre circulación para los palestinos ocupados. Con el tiempo, esas restricciones, generalizadas a partir de Oslo, se afianzaron y se convirtieron en sistémicas. Ahora llevan treinta años en vigor. Cuando se planteó por primera vez la idea del «cierre», ¿pensó que se convertiría en la principal herramienta de dominación de Israel? ¿O lo veía solo como una innovación que no llevaría a ninguna parte y que sería temporal?

«Cierre» es la abreviatura de una política que básicamente dio la vuelta a la que estaba en vigor desde principios de los años setenta. Por aquel entonces, Israel respetaba en gran medida el derecho a la libre circulación de los palestinos entre los ríos y el mar, y solo algunos grupos -en su mayoría activistas políticos- se enfrentaban a restricciones. Desde 1991, ha ocurrido lo contrario: todos los palestinos se han visto privados de su derecho a la libre circulación, excepto algunas categorías selectas que Israel designa, decidiendo quién cumple los requisitos, cuántos permisos se expiden y cuándo y dónde se aplican esos permisos.

Por aquel entonces, yo vivía en Gaza y aún no conocía la situación en Cisjordania, pero intuía que Gaza estaba siendo utilizada como campo de pruebas o laboratorio de esta política. El cierre es la contrapartida burocrática y logística de la confiscación física de tierras.

> El cierre es la contrapartida burocrática y logística de la confiscación física de tierras.

Otro subproducto indispensable del sistema de permisos es el robo de tiempo: tiempo que pertenece tanto a los individuos como a la comunidad en su conjunto. Se espera un permiso para asistir a una reunión en Ramala, por ejemplo, o para trabajar o recibir tratamiento médico, a menudo sin saber si se concederá o cuándo. Esperas en los puestos de control, atascado durante horas en lo que debería ser un trayecto de cinco minutos porque no te

permiten entrar en determinadas zonas o porque la carretera directa está bloqueada.

El tiempo de los colonizados, ya sean mujeres, trabajadores o cualquier grupo subyugado, siempre es barato a los ojos del hegemón. Israel no inventó esto. La burocracia soviética también disciplinaba a la gente controlando su tiempo. Pero aquí, el robo del tiempo es un arte: la violencia acumulada no se ve, se descarta fácilmente como una respuesta suave y contenida al «terror», que, por supuesto, es mentira. En los años 70, los palestinos ponían bombas en las ciudades israelíes y, sin embargo, nadie impedía a los palestinos cruzar a diario, con sus coches, a Israel. Esperar un permiso para construir o sembrar no tiene nada que ver con la seguridad.

Aunque la tierra robada pueda devolverse algún día, el tiempo robado no. Sospecho que robar tiempo no es solo un subproducto, sino una medida deliberada y calculada de represión. La crueldad está profundamente arraigada en el sistema y en quienes trabajan en él. La administración civil del ejército israelí, una autoridad híbrida que combina la supervisión militar y civil bajo el mando del comandante del ejército y del Ministerio de Defensa, se creó a principios de los años 80 para «servir a la población civil palestina». En realidad, facilita las actividades colonizadoras.

Esta situación híbrida provoca confusión. Una autoridad te envía a otra para resolver un problema. Acompañé a un amigo cuyo permiso de entrada fue revocado. Nos enviaron de un soldado a otro, de una oficina a otra, cada una diciendo que no era su responsabilidad. Hacerte perder el tiempo, dejarte confuso o incluso hacerte sentir incompetente: todo forma parte del sistema.

Y ha hablado de ello en el contexto de la separación de Gaza de Cisjordania.

Sí, y muy pronto me di cuenta de cómo el enclave de Gaza se reproducía en Cisjordania. En aquel momento, me creí una genio cuando resumí el proceso con la frase: «Es la solución de los siete Estados. No es una solución de dos Estados». Lo descubriría unos años más tarde, en una entrevista en *Haaretz* con un orientalista -un exoficial de inteligencia llamado Mordechai Kedar- en la que sugería o profetizaba una «solución» de siete ciudades-estado en Cisjordania. Cada una de ellas estaría controlada por los clanes locales, como es el «estado natural de las cosas» en otros países árabes. Cada uno de esos pequeños emiratos debería gestionar sus asuntos por separado, y podrían establecer algún tipo de «unión». Así que, según él, es la naturaleza fija de la cultura árabe, que no ha cambiado en cientos de años, la que dio origen a la realidad de los enclaves y no las políticas conscientes y estudiadas de Israel.

Resistencia

Cuando echa la vista atrás al periodo de Oslo, ¿cómo describiría la importancia de los últimos treinta años de la historia palestina?

Se inscriben perfectamente en la historia sionista: la colonización, la hipocresía, las mentiras, la planificación, las artimañas y el fariseísmo. Introdujeron la falsa idea de que los palestinos de Cisjordania y la Franja de Gaza ya no están ocupados porque su «gobierno» es responsable de los asuntos civiles. Estas tres décadas debilitaron y destrozaron la

estructura política palestina, convirtiendo una organización representativa de liberación nacional, antaño popular y querida, en una lamentable *nomenklatura*, con dirigentes corruptos, no elegidos, indiferentes al pueblo y despreciados. Suprimen el debate y muchos los consideran entre compradores, subcontratistas y colaboradores.

> Aunque la tierra robada pueda devolverse algún día, el tiempo robado no. Sospecho que robar tiempo no es solo un subproducto, sino una medida deliberada y calculada de represión.

Hay preguntas que puedo plantear pero que no puedo responder con total certeza: ¿Cuánto de esto podría haber sido planeado por los israelíes? ¿Cuánto de ello es accidental, circunstancial o una consecuencia imprevista? ¿Y cuánto puede atribuirse a deficiencias internas de la estructura política palestina?

La división geopolítica entre Gaza (Hamás) y Cisjordania (Fatah), ¿no es a la vez una creación israelí y el resultado de la dinámica interna palestina? En 2008, el Dr. Eyad el-Sarraj, difunto fundador palestino del Programa Comunitario de Salud Mental de Gaza, me dijo, un año después de la breve y dolorosa guerra civil en la Gaza asediada, que «Israel escribió el guión, pero Hamás y Fatah sobresalen en la interpretación de sus papeles en él».

Otra pregunta que me hago es si los países que se consideran democráticos no hubieran traicionado sus compromisos con las cartas internacionales -si no hubieran permitido, o más bien ayudado, a Israel a llevar a cabo su proyecto de colonización-, ¿cómo sería el mapa político palestino?

Hablemos un poco de los palestinos en el contexto de la resistencia. La realidad sobre el terreno puede ser que la resistencia de masas prácticamente ha desaparecido, mientras que el apoyo a la resistencia armada individual ha aumentado. ¿Qué opina al respecto? ¿Cómo explica la desaparición de la resistencia masiva no violenta?

Prefiero decir «resistencia no armada» en lugar de «no violenta». El término «no violenta» en este contexto hace recaer la carga de la violencia sobre los ocupados e ignora la naturaleza intrínsecamente agresiva de la propia ocupación. La resistencia palestina masiva durante la primera intifada podía volverse «violenta»: lanzar piedras, coaccionar a los comerciantes para que hicieran huelga y cosas por el estilo. Incluso evolucionó hacia el asesinato brutal de presuntos colaboradores. Pero la atención debe centrarse en el carácter colectivo y masivo de la resistencia, no solo en las acciones de unos pocos.

Aunque el carácter colectivo de la primera intifada evoca recuerdos positivos de cohesión y solidaridad internas, el resultado fue Oslo. . . Así que la conclusión simplista es que siempre está condenada al fracaso. Durante la década de 2000, algunos pueblos empezaron a utilizar tácticas de resistencia colectiva contra el muro de separación, atrayendo el apoyo internacional e israelí, pero rara vez a palestinos de fuera de cada pueblo: era como si la lucha fuera un asunto «privado» de cada localidad. El precio fue alto: los soldados israelíes mataron e hirieron a manifestantes, los intimidaron con detenciones masivas y redadas

nocturnas. Los adolescentes abandonaron la escuela o suspendieron los exámenes finales. En algunos casos, el trazado del muro se modificó gracias a las manifestaciones y a una batalla paralela en los tribunales, pero el coste fue muy alto. La lucha armada -el uso de armas y explosivos, pero también de «armas frías», como cuchillos- siempre ha tenido un gran prestigio entre los palestinos. Por lo tanto, este apoyo no tiene nada de nuevo. Una vez que la lucha colectiva no armada -con todas sus bajas y costes personales, sociales y materiales- fracasa, es natural que muchos elogien la lucha armada individual. Esto abarca desde actos individuales y células organizadas en algunos campos de refugiados y ciudades hasta el armamento y las tácticas más avanzadas que Hamás y la Yihad Islámica desarrollan y utilizan en la Franja de Gaza.

La verdadera pregunta es: ¿cuántas de las personas que dicen apoyar la lucha armada realmente lo hacen y tomarán parte en ella ellos mismos o quieren que sus hijos lo hagan? Sospecho que muy pocos.

La sacralización y la romantización de la lucha armada no permiten, en mi opinión, una evaluación sincera y exhaustiva de sus logros, fracasos y potencial para frenar el acaparamiento de tierras por parte de Israel. Hamás y la Yihad Islámica han reforzado su posición política mediante el uso de las armas y su capacidad para poner en aprietos al poder militar israelí. Pero no han desafiado la separación de Gaza del resto del territorio ocupado en el 67, no han roto el asedio y no han detenido el principal instrumento de colonización: la violencia de los colonos. Así que el papel actual de la lucha armada oscila entre instrumento político interno, venganza esporádica y expresiones simbólicas de rabia.

Es una vergüenza que los granjeros, pastores y comunidades beduinas de toda Cisjordania tengan que enfrentarse solos a la maliciosa violencia de los pogromistas judíos armados, respaldada por el Estado. La AP cuenta con miles de policías y guardias nacionales entrenados. Según los Acuerdos de Oslo, no se les permite operar en el Área C, ni emprender acciones contra los atacantes israelíes. En la práctica, esto significa que no se les permite proteger a su propio pueblo. Pero no está escrito en los acuerdos que Israel deba permitir la violencia de los colonos.

Si el ejército israelí no protege a la población de la zona C, que está bajo su autoridad civil y de seguridad, ¿por qué debería la AP renunciar a su protección? La AP podría haber colocado docenas de agentes desarmados y de civil en cada comunidad para trabajar las tierras junto a los agricultores. Su presencia podría disuadir a las milicias de colonos y enviar un mensaje a Israel y Europa de que esta violencia es intolerable. Si la existencia de la AP es tan importante para Israel y Occidente, debería permitírsele proteger a su pueblo, aunque los obsoletos acuerdos no lo permitan explícitamente.

Al mismo tiempo, las docenas de activistas armados de Yenín, Nablús y Tulkarm -que tienen el valor suficiente para enfrentarse a tropas israelíes fuertemente armadas que invaden sus ciudades y campos de refugiados o la rabia suficiente para llevar a cabo ataques de venganza contra civiles- están ausentes del escenario principal de la agresión colonial israelí. Podrían emplear su valentía en un objetivo concreto, no solo en actos simbólicos que no desafían realmente el poderío israelí. Hay un pequeño grupo de miembros de Fatah, algunos en nómina de la AP, que han iniciado manifestaciones contra los violentos

asentamientos israelíes y han proporcionado protección a algunas comunidades intimidadas. Pero son muy pocos y a ellos no se unen los numerosos críticos de la AP y Al Fatah ni los partidarios de una lucha armada abstracta.

Hay varias docenas de activistas israelíes de izquierda que, desde principios de la década de 2000, acompañan regularmente a algunas de esas comunidades y personas para disuadir a los atacantes israelíes o, al menos, garantizar una rápida intervención del ejército y la policía. Pero el número de comunidades en peligro ha seguido creciendo, al igual que el número de atacantes israelíes y su descarada criminalidad.

Lleva treinta años informando y siendo testigo de la profundización del régimen colonial, de su conquista y ocupación. Cuando observa la respuesta palestina, ¿hay esperanza para la causa palestina? ¿Hay esperanza para los palestinos?

Lo que me da esperanza es el profundo arraigo de los palestinos en su tierra, incluso cuando deciden vivir en el extranjero o se ven obligados a vivir en el exilio. Los lazos y afinidades que mantienen y alimentan los palestinos aquí y en el extranjero son fuertes. Su estado natural es de desafío y resistencia frente a un sofisticado y astuto dominio militar extranjero. Cada familia es un proyecto de resistencia.

Lo que también me anima es el amor de la gente por la vida, su capacidad para reír, celebrar y crear, a pesar de todas las tragedias, tanto pasadas como presentes. Me asombra su capacidad de vivir -de no solo sobrevivir o existir- soportando tanto sufrimiento durante tanto tiempo. Espero que todo esto se traduzca finalmente en una solidaridad interna más fuerte y en una resistencia más estratégica.

Jacobinlat

---

https://www.lahaine.org/mundo.php/como-era-la-vida-de